

Evocación de Octave Mannoni

Hay un rasgo singular y personal en la manera en que O. Mannoni se inscribe en el panorama cultural y psicoanalítico francés. Creo que su modo de tratar con las teorías y pertenecer a las instituciones no es ajeno a su condición de migrante y a su experiencia de transculturación. Y entiendo que reconocer el relieve de esta arista le importa a quienes leen y trabajan en psicoanálisis en el mundo periférico.

Decir que Octave Mannoni fue un freudiano y un lacaniano destacado sería -en nombre de una exactitud uniformizante desconocer una originalidad y riqueza personal que no surgen ni de su afiliación ni de los oficios –múltiples– en que se destacó. En un tiempo en que se valora tanto la producción y trasmisión de paradigmas y modelos originales o pseudo originales, lo que valoro en Mannoni es su capacidad inigualable de un perpetuo retomo a la experiencia, a lo fermental y fundante de la misma.

A contramarcha de los tiempos que vivimos, O. Mannoni no es un hacedor de teorías, ni un comentador o trasmisor de los hallazgos de que éstas son portadoras. Es por el contrario un demolidor de simplificaciones y evidencias fáciles, restituyendo a la experiencia sus enigmas y dificultades de aproximación. Dos ilustraciones: de las tantas veces que leemos referencias al hallazgo freudiano de la Verleugnung (desmentida) ¿dónde captar mejor la fecundidad y dificultad de este mecanismo que en su Yo lo sé... pero aún así?

De las mil veces que los analista volvemos al intento de definir la especificidad de nuestra práctica del “espacio” y el “saber” que allí se constituyen ¿dónde atisbarlo mejor que en su libro sobre el análisis original?

Con los ejemplos y más allá de ellos quiero significar que la lectura de Mannoni depara al lector un lugar tan especial como el de su escritura la magia mayéutica de sus textos crean un lector despierto, interpelador activo, que la postura y estilo del autor

solicitan constantemente

O. Mannoni realizaba en cada texto, conferencia o controversia, una trasmisión que va más allá de la comunicación de su contenido. Lo que se trasmite –pienso– es el modo mismo de interrogar. De ahí que creamos que su singularidad de Maestro es la de realizar en el gesto habitual de su escritura, ese maravilloso aforismo de Maurice Blanchot “la respuesta es la desgracia de la interrogación”

Por este don que nos brindó tantas veces y su solidaridad en el exilio necesitaba participar de este homenaje

Marcelo N. Viñar

Montevideo, agosto de 1990